

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 6 DE NOVIEMBRE DE 1921

NÚM. 19.582

## EL OTRO DON LUQUITA

ANTES de verle moverse en la pantalla le contemplaron los habitantes de aquella humilde ciudad, perdida en las llanuras de Castilla, como una revelación extraña.

Los carteles chillones sobre los muros leprados por el tiempo, las fotografías de momentos culminantes expuestas en los escaparates de la calle Mayor, mostraban el rostro del cow-boy bajo su sombrero hachado y de alta copa, sus calzones de piel, su pañuelo al cuello, sus pistolones enormes y—lo que era más raramente revelador—su parecido exacto, fraterno, a don Luquitas, el catedrático de Psicología, Lógica y Ética en el Instituto.

Don Luquitas era un hombre tímido y enfermizo. Renqueaba de la pierna derecha y se ruborizaba y enmudecía ante las mujeres. Vivía con su madre, y no había conocido otros besos femeninos que los de ella. Tenía el alma pacata y devota; los alumnos se mofaban de él cuando los comienzos de curso, y terminaban compadeciéndole desdeñosamente. Una vez se encontró, casualmente, con el cortejo trágico de un albañil caído del andamio y que llevaban a la Casa de Socorro, y al verle sangriento, al oírle gemebundo, don Luquitas se desmayó. Daba largos paseos por el campo y paladeaba—su único vicio—carameles de los Alpes, aquellos conos trancos que tenían dentro estrellas policromas y que la mano regordeta de la confitera sacaba del tarro de cristal como del fondo de un acuario.

Y, de pronto, surgía un don Luquitas aventurero, enamorado, camorrista, un audaz cow-boy que montaba caballos salvajes, raptaba mujeres y reñía cuerpo a cuerpo con los búfalos...

Fué el mejor reclamo para la película de los veinticinco episodios. Las gentes acudieron al Teatro Principal los doce domingos que duró su larga proyección.

Porque en la ciudad humilde y dormida, únicamente los domingos se abría el teatro. Y para cinematógrafo. Viejas películas, gastadas, agujereadas, mutiladas por el uso, que ya no servían para los barracones de suburbio en las otras grandes ciudades lejanas.

Don Luquitas acudió también. El iba siempre a una butaca de las primeras filas. Míope y vergonzoso, la elegía así porque leía mejor los letreros y se evitaba saludar a la gente en los descansos.

Se había visto en los carteles, en las fotografías. Al pie de los carteles, manos de mozaibete habían escrito su nombre debajo de aquel exótico del protagonista yanqui.

Y cuando en la pantalla apareció el cow-boy audaz, hubo un estrépito de risas, de gritos, de aplausos, que al catedrático le azoró y le colmó de arrepentimiento por haber ido.

¡Eh! ¡Don Luquitas!—le gritaban las voces infantiles de sus alumnos desde las localidades altas—. ¡Qué callado lo tenías!

Las damas, desde las plateas, le buscaban con los gemelos, sonriendo burlonas. De las butacas contiguas, de las que tenía detrás, voces amigas, manos amigas, le llamaban, le tocaban en el hombro.

El sonreía, confuso, tartamudeando:

—Sí; es asombroso, asombroso...

res una atracción malsana. En la película tenía cinco amantes; en la penumbra de la sala, las señoritas de las butacas y de los palcos, las menestralas de los anfiteatros, le miraban absortas y sentían un pecaminoso escalofrío de deseo que, luego, durante las noches largas y silenciosas de la ciudad dormida, las desvelaba. Al final de cada episodio, Jack Jefferson, el cow-boy, aparecía me-

A los últimos episodios se descubría el misterio de la vida de Jack Jefferson. Sus crímenes, sus audacias aventureras, su convivencia con los tipos de mejicanos, donde los yanquis gustan de colocar el instinto de la traición, y con los indios comanches, animados de una cólera sanguinaria, se justificaba por un melodramático efectismo. Jack Jefferson era un despojado, un hijo que venía a sus

padres y recuperaba la posición social que le arrebataron quince años antes. Entonces se explicaban aquellos éxtasis melancólicos ante la hoguera al final de cada episodio.

Hubo de repetirse la exhibición de la película. Otras doce semanas que la ciudad convivió con Jack Jefferson y en las cuales don Luquitas sentía renovarse totalmente su alma...

Porque desde la remota ciudad, desde el otro lado de los mares, el actor encargado de desarrollar, influir sobre don Luquitas. Como las revelaciones milagrosas de otros siglos a los místicos ingenuos, aquella vida tan distinta de la suya en un hombre igual a él iba modelando un hombre nuevo en el catedrático de Psicología, Lógica y Ética.

Se sentía despojado, él también; acorralado, él también; vengador de no sabía qué tragedia familiar acaecida antes de su nacimiento. Y ya sonreía a las mujeres, y cuando explicaba a sus alumnos el concepto de la Ética, le temblaba la voz.

Una mañana no pudo asistir a clase porque despertó entre varios desconocidos en el único café de camareras que había en la ciudad, a las once de la mañana, doloridas las sienes, asqueado el estómago y con una infamante memoria sensual en el alma.

Una noche, al salir del teatro, disputó con el delegado de Hacienda y levantó contra él su bastón de contera de goma.

Doce días después, el catedrático de Retórica y Poética y el de Agricultura tuvieron que vestir las levitas antiguas, arrugadas, olorosas a naftalina, para pedir explicaciones al director del semanario republicano por una gacetilla que don Luquitas estimaba injuriosa.

Finalmente, don Luquitas acometió la más terrible de sus aventuras: se casó con una de las planchadoras...

Pero como pasaron los años y se olvidó la película de Jack Jefferson, y don Luquitas perdió su prestigio ante las gentes, no tuvo valor para matar a su mujer cuando hizo falta.

De nuevo con su pierna derecha renqueante y su timidez recobrada, iba al Instituto y a los templos y a sus paseatas solitarias por el campo.

Y le seguía temblando la voz al definir la Ética. Y, además, al definir la Lógica...

José FRANCEY



Incluso en uno de los episodios, el cow-boy era encarcelado; se pasaba seis años en un presidio, y, al salir de él, la costumbre del grillete le hacía arrastrar la pierna derecha, como don Luquitas.

Uno de los dos periódicos bisemanales de la ciudad, el republicano, empezó a anunciar el espectáculo con el título: «Las hazañas de Don Luquitas»; y las planchadoras de su calle, cuando pasaba todas las mañanas camino del Instituto, salían a la puerta, despechugadas y cálidas, para retarle a picardías amorosas.

Y el terrible cow-boy era, conforme avanzaba la fábula filmática, más atrevido, más invencible, más culpable de tantos crímenes. Ejercía sobre las muje-

ditabundo, melancólico, iluminado su busto por el resplandor amarillento de la hoguera, recortada su silueta a contracielo azul, de una azulosidad fría y pura como las del llano, donde terminaba la ciudad humilde. Y entonces el parecido con don Luquitas era más exacto. Eran aquellos sus ojos grandes y tristes, su bigotillo ralo, su boca melancólica y la cabal expresión soñadora del rostro...

Al sexto domingo empezaron a llamarle Jack Jefferson a don Luquitas. Sus amigos en la calle, sus alumnos desde las altas graderías de la clase, ocultando la cabeza detrás de los pupitres. Y el catedrático inadvertido antes de las mujeres, sentía en sus espaldas las miradas ardientes de los cuchicheos.



# ENRIQUE OCHOA, RETRATISTA

ENTRE sus habituales tareas de fecundo ilustrador halla tiempo Enrique Ochoa para cultivar el retrato. La Exposición que de varios ejecutados por él se ofrece al público en el Salón de Arte Vergel es una nota de actualidad, y el cronista, por juzgarla de interés, no debe omitir su mención ni el oportuno comentario.

Resulta, en efecto, interesante, encontramos con un artista, Enrique Ochoa en este caso, que viene a mostrarse concretamente bajo el aspecto de retratista, y trata de conquistar, en tan difícil género, la fama que no lograría considerado como simple dibujante. Ese legítimo empeño de superarse, o, al menos, de manifestarse en una aptitud diferente de la acostumbrada, es lo que nos importa, por el momento, señalar.

Conocido de sobra nuestro admirado colaborador, necesitábamos, con todo, verle aplicar su comprensión y su educado gusto al arte del retrato, no en uno ni en dos ejemplares, sino en una serie donde la diversidad de modelos le pusiesen a prueba. Enrique Ochoa ha salido airoso de la empresa; nadie que tenga ojos y sensibilidad se atreverá a negarle el título de notable retratista.

El pastel, procedimiento ahora elegido por Enrique Ochoa, permite una excesiva habilidad con una facilidad de ejecución. Usado por ciertos pintores que todo lo fían a digitaciones caprichosas y que en materia de retratos nunca traspasan la más elemental vulgaridad, no es recomendable: se resiente de cómodo y de blando. Mas «castigado», evitando cualquier extralimitación, cabe utilizarlo con fortuna. En los de Quintín de la Tour está, hasta el día, la mejor de las enseñanzas, ya en cuanto al concepto, ya en cuanto a los recursos técnicos.

Enrique Ochoa, devoto del japonismo, es de los pocos estampistas que entre nosotros se han asimilado modos de hacer y coloraciones del arte japonés. De ello le queda parte en algunos retratos:

determinados acordes y, a veces, la organización de fondos en claro. Pero, sin tomarlo al pie de la letra, en imitaciones o copias, aprovecha, por trasplante, lo característico de semejante orienta-

rece que más respondía a una influencia literaria y no a una convicción estética. Lo que al ilustrador puede disculpársele en contados casos, nos desagrada en el pintor que se ampara en lo litera-

También nos repugna el aire de fingida aristocracia a que retratistas de cartel se acogen frente al modelo femenino, exagerando una elegancia pegadiza, porque, por lo común, no brota con sinceridad. La elegancia que advertimos en las mujeres, señoras o señoritas retratadas por Ochoa, no denuncia ningún patrón o figurín. Cada personaje se nos presenta en aquella actitud que deriva de su especial fisonomía. Traducir ésta y buscar el encanto decorativo en el accesorio indispensable, o en el juego cromático, no suele ser patrimonio de muchos. Enrique Ochoa, en su concepción del retrato, sabe refrenar la paleta y no aventurarla en peligrosos entretenimientos de gamas. Hay retrato de los suyos que un castigo tenaz, de los que por aquí nos gastamos, no declararíamos exótico; hay, asimismo, retratos que dijérase respiran aires de fuera; antes que nada son retratos, en la verdadera acepción de la palabra. El de la señorita Yagües, con mantilla blanca, habla en un lenguaje netamente madrileño, y lo estimamos acertadísimo de carácter. Y uno por uno habría que examinarlos para sacar la conclusión de que Enrique Ochoa entiende en lo justo el género del retrato. Creemos no equivocarnos al afirmar que pronto se verá convertido en retratista de moda. He aquí, lector, el camino a que sus obras le llevan, y he aquí, además, el peligro. Si Enrique Ochoa, en lugar de halagar con la *fabricación de lo bonito*, que el cliente adinerado solicita y paga, se resiste a la adulación por medio del arte y se mantiene fiel a la verdad, a esa verdad de bella expresión con que la postrera fase de su evolución lo desahubre, entonces, dentro de lo que ahora le define como retratista, insistirá, realizará con mayor conciencia acaso, depurará, en suma, lo que hasta el día no quedó incorporado sino a medias.

Angel VEGUE Y GOLDONI



LA ESPOSA DEL ARTISTA

ción. Otra cosa que nos cumple anotar es que el tipo leonardesco, a que tan aficionado fuera Ochoa, no surge ni por asomo en sus últimas producciones. Lo celebramos, desde luego, porque nos pa-

rio por insuficiencia de ideas fundamentalmente pictóricas. La llamada pintura literaria jamás nos ha seducido. Y si un artista dócil un tiempo a ella se liberta, lo recibimos con innegable satisfacción.

## LA INDIGNACIÓN DE LAS MULTITUDES

CÓJASE a un ciudadano pacífico, únase a otro tan pacífico como él, y luego, otro y otro, y del conjunto resultará uno de esos feroces grupos que son capaces de arder en santa indignación por el más trivial motivo. Por eso la protesta de un individuo suele tomarse a chirigota, y la de varios es capaz de producir tremendos conflictos.

¿A qué individuo suelto le importa que se lidie en la plaza un toro más o menos grande? A ninguno. Lo más que hace es decir: «¡Caray; no me parece muy crecido ese bicho; aunque yo no lo tenga que lidiar!» Cruza las piernas, enciende un pitillo y espera los acontecimientos, que suelen ser un alboroto extraordinario en cuanto la multitud se pone de acuerdo respecto al tamaño del toro. Entre los que más protestan está precisamente el que acogió con indiferencia al animal, y chilla, ruge, tira almohadillas, se pelea con los guardias y termina por ir a la Comisaría.

—¡Cómo, don Onofre! ¿Usted, tan pacífico y tan jefe de Administración de segunda clase, método en este jaleo?

—Es que hay cosas que indignan. A mí en no tocándome a la familia, lo paso todo; pero no puede pasar esto. ¡Hay que ver el torito! ¡Diez y ocho arrobas a lo sumo! ¡Y eso no lo tolero yo al ganadero ni al propio presidente del Consejo de Estado!...

Y aquel paciente señor, que hasta cuan-

do le pisan pide perdón por haber colocado el pie debajo del otro, es condenado en juicio de faltas como promotor del motín y haberse hinchado de llamar berzotas al presidente. ¡Sea todo por Dios!

Conociendo esta psicología de las multitudes, nada tiene de extraño que un estreno teatral sea algo así como una batalla campal, en la que toman parte hasta los picados de viruelas.

—¿Qué ha dicho ese cómico?

—Hombre, yo no lo he oído bien, porque estaba distraído; pero por lo que protesta ese señor gordo, debe de ser una gansada.

—¿Sí, eh? ¡Ahora verá!

No sabe por qué, ni si el señor gordo hace aquello porque le duele el estómago o se acuerda de que su mujer le armará bronca al regresar a su domicilio; es lo mismo: la protesta se extiende, y lo que el autor creía una frase ingeniosa pasa a ser motivo para un escándalo por la inconsciencia de las multitudes.

—Pues yo no encuentro esto tan mal— se atreve a decir un individualista que aún no ha sentido la influencia de la colectividad.

—¿Cómo que no? ¡Pues y esa gansada de llamar a un personaje Fon, para que cuando pregunte algo se le diga: Sí-Fon?

—¡Ja, ja! Tiene gracia.

—¿Gracia eso? Se ve que es usted un idiota.

—¡Caballero!

—Un idiota. ¿No ve usted que todo el mundo protesta? Pues a protestar usted también y no pretender tener juicio propio.

Ante semejante afirmación, el independiente opta por callarse y pensar: ¿Si será, efectivamente, esto una estupidez? Porque cuando lo dicen los pies de todos los espectadores, señal de que los míos están equivocados. Y, contagiado por el ambiente, en cuanto vuelve el cómico a hablar, ya está el taconeado con tal afán y tan de prisa, que parece le han contratado exclusivamente para eso o que está embalandando muebles a taconazos. La comedia se hunde; la multitud ha hecho su labor, y el que entró de buena fe y hasta oía la obra con agrado se retira a su casa ligeramente confuso, y mientras se desnuda sigue pensando:

—Pero, ¿era realmente malo aquello, o el idiota soy yo, que me he dejado arrastrar por el coro general de espectadores?

¿Por qué se indignan las multitudes? He aquí una cosa que debía estudiar y fallar el Tribunal Supremo o el que toca el pito de salida a los tranvías de las Ventas. Un individuo suelto no es nadie y tolera hasta que le metan la punta de un paraguas por un ojo; pero en cuanto se ve asistido por otros, no aguanta ni que el sol le pique en el cogote.

—¡Esto es una vergüenza! ¡En otoño, y con un calor como si estuviéramos ha-

ciendo el equipaje para irnos de verano! Pues yo no lo tolero. ¡No faltaba más! Me he hecho un traje de abrigo, y por culpa del tiempo no lo puedo estrenar. ¡Fuera el sol! ¡Abajo el Gobierno!

—¡Abajo! ¡Fuera!

La multitud se enardece; la protesta toma caracteres graves, y en medio ya del desorden se acuerda ir al Gobierno en pública manifestación, pidiendo que cambie el tiempo y de paso que se abarate el cuarto de kilo de queso de Gruyère. Como la protesta ha de hacerse con toda solemnidad, se lanza un llamamiento al vecindario, se organiza un mitin, y son muchos los que el día del solemne acto se apresuran a salir de su casa temprano para no perder el más mínimo detalle.

—Pero Agapito, ¿tú vas a eso?

—¡Naturalmente! Lo que los Poderes públicos están haciendo con la temperatura es intolerable.

—Tú siempre has sido un ridículo. ¿Vais a pedir que llueva?

—¡Vamos a protestar! ¡Abur!

Y, efectivamente, poco después la muchedumbre pide a grandes gritos que cese el sol y que refresque el tiempo, dando ocasión a que las autoridades digan: Por lo visto, se trata de una manifestación de paraguiteros. No creíamos que hubiese tantos...

A. R. BONNAT



## ACTUALIDAD GRÁFICA

### LA OPERACIÓN SOBRE TAXUDA



La columna del general Berenguer a su paso por las barrancadas de «Ulad Dau».



La columna del general Sanjurjo acampando en las inmediaciones de «Taxuda»

(Fots. Alfonso)



# EL SUEÑO DE PEDRÍN

Un pobre pescador se quedó viudo con un hijo, llamado Pedrín, más listo que el hambre; pero bastante travieso y testarudo.

Una mañana, Pedrín dijo a su padre:

—¿A que no adivinas lo que he soñado esta noche?

—¡Cualquiera adivina lo que a ti te pasa por la cabeza!—dijo el padre.

—Pues he soñado que mataba a un rey y que me casaba con la hija de un conde.

Al oír tal extravagancia, el padre se enfadó mucho; y como Pedrín persistiese en afirmar que su sueño había de realizarse, le propinó una paliza morrocotuda.

En aquel momento pasaba por delante de la cabaña un noble señor con sus criados. Oyó los gritos del chico y entró a ver lo que ocurría.

—Es que este muchacho tiene unas ideas muy raras y muy tontas—dijo el padre—, y es más testarudo que un alcornoque.

—Pues bien—dijo el conde—; yo te daré por él la cantidad que me pidas y me lo llevaré a mi castillo.

—¡Llévaooslo gratis, señor!—exclamó el pescador, encantado; y si tuviera yo dinero, os lo daría encima por verme libre de este majadero.

El conde se llevó a Pedrín a su castillo y se lo regaló, en calidad de paje, a su hija, la linda condesita Floriana. Pero un día quiso saber cuál era el sueño que había motivado la ira del pescador, y Pedrín tuvo que confesárselo.

—¡Insolente!—exclamó entonces el conde—. ¿Es que te atreves a creer que pudieras casarte un día con mi hija? Tu descaro será castigado según merece.

Y mandó que le encerrasen en una torre y le dejaran morir de hambre.

Así se hizo; pero la condesita, apiadada de su pobre paje, resolvió salvarle de la muerte, y todos los días le llevaba por una ventana manjares escogidos y postres exquisitos. También le llevaba libros instructivos para que se distrajera, y así Pedrín se iba volviendo un hombre tan culto como listo, y vivía bastante contento cuando el conde le creía muerto de hambre.

A todo esto, ocurrió que el rey del país, que era malo y cruel, cayó en la cuenta de que el conde era acaso el único hombre del reino que no había sido molestado todavía por sus maldades.

En el acto le envió un mensajero con un bastón y una carta, que decía:

«Si no hallas el medio de explicarme por qué extremo se abre este bastón, arrasaré tus dominios y os mandaré colgar a ti, a tu hija y a todos los tuyos.»

Aquel día, al llevarle la comida al prisionero, Floriana se echó a llorar y le contó todo esto; pero Pedrín la tranquilizó, diciéndole:

—No te apures; ve y dile a tu padre, como idea tuya, que meta el bastón en el agua: el extremo que se abre, como es hueco, flotará, mientras el otro se hundirá.

La joven corrió al decirse a su padre, como si se le hubiera ocurrido a ella; la experiencia dió un resultado satisfactorio, y el conde, encantado, le mandó la solución al rey. Este contestó:

—La solución está bien; pero me he enterado de que no la has hallado tú, ni tu hija tampoco; a ella se la ha inspirado un tal Pedrín, a quien crees muerto, y que, sin embargo, sigue viviendo en la torre donde le mandaste encerrar. Quiero conocerle; te ordeno y mando que me lo envíes cuanto antes.

Al leer esto el conde, mandó sacar a Pedrín de la torre; le abrazó, le dió las gracias por haberle salvado, y, con gran sentimiento, le comunicó la orden del terrible monarca.

—No os apuréis—dijo Pedrín—; el rey, sin duda, me quiere matar; pero ya encontraré yo el medio de burlar sus propósitos.

Después de reflexionar tres días y tres noches, pidió al conde que reuniera a todos sus criados, y escogió los nueve que más se le parecían en estatura, tipo y cara; luego los hizo vestir a todos igual que él, de pies a cabeza; escogió en las caballerizas del castillo diez caballos idénticos, y se pusieron en camino.

Al llegar a la capital del reino, Pedrín dijo a sus compañeros:

—Un gran peligro nos amenaza; pero si seguís fielmente mis órdenes, nos salvaremos todos. Se trata de que el rey no sepa nunca cuál de nosotros soy yo. Cuando el rey diga: «Pedrín, ven aquí», avanzaremos todos juntos; cuando diga: «Pedrín, retírate», todos juntos nos retiraremos. A sus preguntas, respondere-

mos todos a una,

Y ahora, ¡siga!

Así llegaron

y mandaron de

Pedrín deseaba

El monarca

de audiencias,

trono y, re

idea de nuevas

—¡Que pase

Las puertas se

en par y los diez muchachos avanzaron en fila.

—¿Cuál de vosotros es Pedrín?—preguntó el rey.

—¡Yo!!!—contestaron todos a una.

—¿Qué es esto? ¿Sois todos Pedrín?

—¡Sí!!!—gritaron como un solo hombre.

—¿Pero es que os atrevéis a tomarme el pelo?

—¡No!!!—protestaron las diez voces, confundidas en una sola.

El rey se tiraba de las barbas, de rabia. Pero como se creía más listo que nadie, declaró que él sabría descubrir cuál era el verdadero Pedrín y castigarle sin piedad y sin contemplaciones, según merecía su audacia.



y así siempre.

mos adelante!

al palacio real

cir al rey que

saludarle.

corrió a la sala

se sentó en su

creándose con la

maldades, dijo:

Pedrín!

abrieron de par

en fila.

Tan pronto como se creyeron solos, los nueve mozos rodearon a Pedrín, pidiéndole instrucciones para el día siguiente y comunicándole sus impresiones.

—No sé por qué—decía uno—me parece que el rey se ha fijado más en mí que en ninguno.

—Acaso—decía otro—conviniere que nos tiésemos todos el pelo de rojo, para parecernos más a ti.

—No os preocupéis por nada—contestaba Pedrín—; lo único que hace falta es que sigáis obedeciéndome fielmente.

En aquel momento le pareció oír cierto ruido, y, mirando hacia la cortina, vió que había en medio de ella un agujero del tamaño de dos céntimos y que por debajo se veían dos pies. Pero como su serenidad igualaba a su valor, fingió no notar nada, y dijo tranquilamente:

—Este palacio debe de ser muy viejo; está lleno de ratones.

Luego se acostó, y sus compañeros le imitaron; pero mientras que ellos, que no se habían dado cuenta de nada, roncaban a pierna suelta, Pedrín, fingiendo dormir profundamente, estaba alerta y en guardia.

Y, con los párpados entornados en la semioscuridad de la alcoba, vió al criado salir de su escondite, apoderarse del zapato izquierdo de aquel que se había manifestado como jefe y hacerle un corte en el tacón.

Tan pronto como salió le faltó tiempo a nuestro Pedrín para saltar de la cama, coger los nueve zapatos izquierdos de sus nueve compañeros y hacer en cada tacón un corte idéntico.

Cuando se presentaron ante el monarca, éste, avisado por su criado, ordenó:

—¡Pedrín, ve hasta el fondo del parque!

Todos volvieron la espalda y echaron a correr en buen orden. Pero el rey, al inclinarse y ver todos los zapatos izquierdos con el mismo corte, llamó furioso:

—¡Pedrín, ven aquí!

Todos acudieron.

—Ya estoy harto—declaró su majestad—; si no me decís antes de media hora cuál de vosotros es el verdadero Pedrín, os mandaré cortar la cabeza a todos.

Ellos se retiraron a su habitación para deliberar, y Pedrín mandó al rey el siguiente mensaje:

«Si nos matas, no sabrás nunca cuál era el verdadero Pedrín; tu curiosidad quedará sin satisfacer y tu malicia habrá sido vencida por la mía. En cambio, si prometes dejarnos a todos la vida salva, dentro de cinco minutos el verdadero Pedrín se presentará ante ti.»

El rey se apresuró a hacer la promesa, y Pedrín entró, solo esta vez, en la sala de audiencias; avanzó hacia el trono y declaró orgullosamente:

—Yo soy el verdadero Pedrín.

—¡Que se apoderen de este mozo y lo cuelguen de un árbol del parque!—ordenó el rey.

Pero Pedrín sintió tal indignación ante esta felonía, que, olvidando toda prudencia, sacó su tizona y atravesó al mal monarca de parte a parte.

Creía que iba a ser detenido, encausado y condenado a muerte. Pero, en lugar de esto, el pueblo entero sintió tal alegría al verse libre de su tirano, que le aclamó a él como a un libertador; luego le llevaron en triunfo y le nombraron rey, en lugar del otro.

Pedrín mandó venir a la corte al conde y le pidió la mano de su hija, la dulce condesita Floriana, a quien debía no haber muerto de hambre. Luego se fué a ver a su padre, que seguía siendo un pobre pescador, totalmente ajeno a tan magnos acontecimientos, y le dijo:

—Padre, mi sueño se ha realizado; he matado a un rey y me he casado con la hija de un conde.

Y como el buen hombre le miraba atónito, Pedrín añadió:

—Pero aún me falta que decirte algo que no había soñado y que también ha sucedido, y es que soy rey y te nombro presidente del Consejo de ministros.

Se lo llevó a palacio y vivieron todos juntos muy felices. Y tengo oído que aún hoy el pescador no ha vuelto de su asombro, cosa que no le ha impedido dirigir a la perfección los asuntos del reino de su hijo.

PINOCHO

Dibujos de BARTOLOZZI.



Como era tan hipócrita como malo, empezó por hacer mil zalemas a los diez Pedrines y mandar que se les sirviese una comida opípara; después de los entremeses, los pescados variados, las viandas succulentas, los dulces y las frutas, los criados, obedeciendo a una orden de su rey, cubrieron la mesa con toda clase de vinos añejos, champán de primera y licores.

El proyecto del rey era emborracharlos y sonsacarles así su secreto. Pero Pedrín se lo malició: avisó a sus compañeros que no bebiesen una sola gota, y todos cuidaron de obedecerle, vaciando sus vasos debajo de la mesa.

Cuando el rey vió que su estratagema fracasaba y que se había metido en gastos inútilmente regalando a sus enemigos en tonto, mandó preparar una habitación con diez camas y ocultó a un criado detrás de una cortina, con la misión de escuchar la conversación de los diez jóvenes.



LO GRANDE POETA



CANCIÓN D MAGALÍ  
~ DE MI' TRAL ~

—Magalí, rosa temprana,  
asómate al ventanil  
y escucha mi alegre diana  
de gaita y de tamboril.

Mundos, y de mundos rastros,  
fulgen arriba. Ni un ruido.  
Palidecerán los astros  
de envidia, al ver que has salido...

—Menos que el viento en la selva  
me inquieta a mí tu cantar.  
Corro a las ondas cerúleas  
a hacerme anguila del mar.

—Magalí, si en pez del mar  
te convirtiera el azar,  
buen pescador yo seré:  
¡te pescaré!

—Si te hicieras pescador  
y a echar fueses el anzuelo,  
me trocaré en avecica  
para remontarme al cielo.

—Magalí, si—ave ligera—  
cruzaras la azul esfera,  
yo gran cazador seré:  
¡te cazaré!

—Si a perdices y a currucas  
sabes extender las redes,  
escondida yo en el prado  
seré blanca flor silvestre.

—Magalí, si en flor te truecas,  
tus hojas por no ver secas,  
agua clara yo seré:  
¡te regaré!

—Si te vuelves agua clara,  
yo seré nube gigante,  
y hasta las Indias remotas  
he de hacer un largo viaje.

—¡Oh, Magalí! Si te afanas  
por ver las Indias lejanas,  
en brisa me trocaré:  
¡te impulsaré!

—Aunque en aire te conviertas  
veré de burlarte yo,  
trocándome para ello  
en tenue rayo de sol.

—Si de sol, Magalí, en rayo  
te conviertes, no desmayo;  
¡brujo lagarto seré:  
¡te beberé!

—Si en lagarto te trocaras,  
tampoco temor me dieras;  
seré yo la verde luna  
que invocan las hechiceras.

—Magalí, si en luna clara  
tu fortuna te cambiara,  
niebla espesa yo seré:  
¡te envolveré!

—Aunque me envuelva la bruma,  
no me veré aprisionada,  
y, abierta en bosque de espinas,  
seré rosa inmaculada.

—Magalí, si en linda rosa  
trocaras tu faz hermosa,

mariposa yo seré:  
¡te besaré!

—No me alcanzarás, por raudó  
que partas; en vano corres...  
Lejos, en la verde umbria,  
me hallarás trocada en roble.

—¡Ay, Magalí! Si la suerte  
en un roble te convierte,  
mata de yedra seré:  
¡te abrazaré!

—Mas cuando a abrazarme vengas  
un tronco inerte hallarás;  
pues me haré blanca monjita  
del convento de San Blas.

—Magalí, si en tus quimeras  
blanca monjita te hicieras,  
tu confesor yo seré:  
¡te absolveré!

—Si tú al monasterio fueses,  
oirás rezar en voz baja,  
y rodeada de monjas  
besarme en la negra caja.

—Si en la caja te hallo, yerta,  
figiéndome que estás muerta,  
yo en tierra me cambiaré:  
¡te poseeré!

—Por fin a creer empiezo  
que son tus frases verdad.  
¡Toma en prenda de cariño  
mi anillito de cristal!

Miguel de CASTRO



IMPRESIONES DE UN LECTOR

# “El temperamento español.”

ALVARO de Albornoz acaba de publicar un generoso libro: *El temperamento español, la democracia y la libertad* (Editorial Minerva, Barcelona). La primera dificultad con que tropiezo al intentar su crítica es mi falta de disenti- miento con las ideas del autor. Crítica implica diálogo, choque de ideas y opi- niones, debate, *criterio*; esto es, *cambio*. Y mi única moción espiritual al recorrer esas páginas ha sido la aseveración, el acuerdo, muchas veces el aplauso. Claro está que he llenado de rayas y signos sus márgenes, remarcando los pasajes de más justa y plástica videncia; pero si tuviese que trasladar aquí esos párra- fos selectos, necesitaría mayor espacio del que dispongo.

¿Cuál es la característica de Albornoz como pensador? Su estilo pertenece a la escuela aragonesa, cuyos rasgos capita- les quedan plasmados en la obra de Joaquín Costa. Para unos pensadores, el libro es puramente un escrito; para otros, es una conversación; para otros, una tribuna. Albornoz es un escritor tri- bunicio. Su elocuencia está siempre vivi- ficada por el andar de fiebre de una in-terna indignación, directamente encami- nada a suscitar las salvadoras renova- ciones.

Pero la mentalidad de Albornoz está emancipada de aquel casticismo tradi- cional que late en el espíritu de Joaquín Costa. Si hemos de encontrar a Albor- noz una ascendencia espiritual arago- nesa, nos acudirá el nombre de Aranda. Recordemos sus repetidas frases de ad- miración por los hombres de nuestro si- glo XVIII, singularmente Campomanes; recordemos la efusión con que recoge de Costa el retrato fervoroso de Colbert. Pero ¿es Albornoz un regalista? No. Es como soy yo mismo: un ultramontano. Claro está que aludo a la equivalencia actual de esos conceptos. Vamos a expli- carlo.

Siempre habrá dos escuelas políticas opuestamente representativas: la una reivindica para el Estado la plena sobe- ranía, sea cual sea la forma de gober- nación; la otra somete el Estado a una entidad inmanente superior, que en su imagen material es la Humanidad mis- ma, y en su valor íntimo es la objeti- vidad de los principios, el sentido ético- jurídico, del cual brota la norma divina de la *Polis*, de la Política, o, si se quie- re, de la *Ciudad*. Hay, pues, dos escue- las adversas como interpretación de la Cosa pública, de la República: la es- cuela pragmática y la religiosa; la rea- lista y la idealista; la histórica y la filo- sófica.

Los hombres del siglo XVIII, nacidos de la Enciclopedia, pero también del re- galismo, tuvieron que luchar contra una degeneración viciosa del principio uni- versal; contra la absorción de los valo- res nacionales por el Papado; y como no pudieron oponerle otro nuevo valor uni- versal más puro y amplio, se acogieron, en apariencia, al núcleo del Poder real. Pero, en realidad, fundaron la política de principios absolutos y eternos, la política de libertad, e iniciaron el impulso que debía transmitir al Pueblo la sobe- ranía de los monarcas, mediante la Re- volución, que no fué un fenómeno na- cional, sino un valor universal, difundi- ble y aplicable a todas las naciones.

Por lo demás, el regalismo era ya la herencia de un antiguo valor de univer- salismo laico, «imperial»: el gibelinismo, que fué en la Edad Media la cohesión unitarista elevada sobre la poliarquía feudal; así como el ultramontanismo era

el heredero de otro antiguo valor de cohesión universal, el gúelfismo, núcleo espiritual degenerado en materialidad parcialista y guerrera.

Albornoz distingue, fundamentalmen- te, entre los conceptos *liberal* y *demo- crata*; y opta, sin vacilaciones, por aquél. Aquella distinción no es una sutileza. *Democracia* implica únicamente idea formal, continente, relativa a los ma- nantiales de la soberanía; pero *Libertad* es idea substancial, de contenido, relati- va a las garantías del desarrollo pleno de la persona, sujeto mismo de todo de- recho. Recuerdo que en uno de mis en- sayos políticos consideré inseparable de toda perfecta democracia la coexisten- cia de una aristarquía, órgano cerebral, selecto y dirigente del *demos* colectivo. Sólo por medio de aquel equilibrio com- pensador entre el *Demos*, que es la cau- sa, y la Aristarquía, que es el efecto, puede obtenerse una garantía permanen- te de Libertad.

Pero yo creo que más allá de la Demo- cracia y de la Libertad, continente y contenido de la Política, debemos instaurar otro principio guiador: el de la Con- ciencia progresiva e indefinida, el de la Evolución.

He aquí, sin duda, un verdadero con- cepto religioso de la Política, por el cual parece que se restaura la vieja divini- dad clásica de Palas, en la cual tomó vitalidad ginecomorfa la perenne y so- berana objetividad de los principios que deben regir nuestra vida de relación, nuestra *Res-pública*. También recuerdo haber opuesto a esta palabra de contex- tura excesivamente realista, *Res-pública*, un concepto de *Ideal público*, compensa- ción permanente entre la idealidad y la realidad en la aplicación cotidiana de la divina teoría a la práctica vital y pe- ligrosa, tan llena de gérmenes de co- rrupción. Los principios de la Política deben tener también su divina asepsia. Los tratadistas políticos españoles de nuestros días han tendido excesivamen- te al pragmatismo, a la *Realpolitik*. La escuela catalana, singularmente, ha ci-

mentado en una visión realista su volun- tad de resurrección nacional; no ya sólo en el grupo de las derechas, cuyo pa- triarca es Prat de la Riba, sino en al- gún nombre de las izquierdas, como Al- mirall, a pesar del magisterio, tan no- blemente idealista, de Pi y Margall.

Albornoz dedica la mayoría de sus pá- ginas a crítica negativa. Era imprescin- dible, ante el espectáculo de la postra- ción actual. Así tienen un valor consi- derable su revisión sintética de nuestra falta de asimilación de los grandes mo- vimientos universales; su estudio sobre la degeneración de nuestra clase media antes de que pudiera cumplir su misión histórica; el análisis de las fuentes de nuestra dureza, de nuestro culto a la fuerza bruta; sus observaciones sobre el escepticismo amoral y antijurídico de nuestros estadistas; el sentido populache- ro de nuestra democracia; la supedita- ción de los principios a las circunstan- cias; la degeneración de nuestro sentido religioso; la victoria motal y esencial del tradicionalismo; la necesidad de que las clases medias se proletarianen para lograr su dignificación; la distinción entre el Estado como expresión de unidad social y el Estado que obra, usurpando sus funciones, como representante exclusivo de una clase; la falsificación progresiva de nuestro sistema constitucional...

Pero junto a esa crítica, apoyada en el profundo conocimiento de nuestra his- toria, el autor eleva su ideal como sin- tiendo el alto deber de fecundación que todo ciudadano consciente ha de ejercer sobre su Ciudad, sobre su Patria, para desposarse con ella y eternizarla, re- novándola. Tiene una página vivazmente reveladora: «No hay sociedad viva que no lleve en el alma la lucha y la dis- cordia. Como no hay hombres vivos que no sean una perenne contradicción, una perpetua lucha con su doble... Sólo los hombres inexistentes pueden estar de acuerdo consigo mismos. Y una socie- dad entera sólo puede coincidir en la total ausencia de voluntad, que es lo mis- mo que la total ausencia de sér... Muchos espíritus buscan la paz en las creencias religiosas. Proceden así porque son esen- cialmente antirreligiosos. La religión es la guerra civil del alma... La historia de la civilización es la historia de la gue- rra civil. Eso del progreso pacífico,

tranquilo, dentro del orden, es una va- ciedad.»

Pero en ese deber de lucha vivificante con el principio negativo y retardatario, da historia de los partidos políticos— dice—no registra nada tan interesante, tan sorprendente, como la evolución de los partidos gubernamentales españoles. Todos los partidos políticos del mundo han evolucionado en sentido progresivo; sólo los partidos españoles ofrecen, con rara unanimidad, el ejemplo, extraño y desconcertante, de una evolución regre- siva.»

El final del libro es una vibrante in- vocación a la política idealista contra la invasión embrutecedora del tópico (viejo y gastado, con pretensiones de nuevo— ¡ya lo usó Guizot!), de la política realista, práctica, de negocios. Albornoz exalta a los obreros a que sacudan también el materialismo de clase, al cual fueron em- pujados interesadamente por sus propios enemigos, y que con tanta evidencial fra- casó... No hay más problemas eternos que los de la Libertad y la Justicia. Y aun los progresos materiales de la civi- lización son la secuela de los fuertes im- pulsos espirituales de la Política.

Gabriel ALOMAR

## BIBLIOGRAFÍA

La ilustre Concha Espina, creadora in- fatigable de realidad y de poesía con- juntamente en su admirable y larga pro- ducción novelesca, ha publicado un nue- vo libro, *Dulce nombre*, bellísima crea- ción en que parecen, si es posible, acre- centadas las singulares dotes de observa- ción, de amenidad y de sutileza de espí- ritu que caracterizan la obra literaria de la eminente autora de *El metal de los muertos*.

Bajo la evocadora y sugestiva denomi- nación general de *Las ciudades malditas* ha reunido Antonio de Hoyos y Vinent una serie de cuentos de los más variados temas, pero ligados todos por un común *leit motif* psicológico.

La nueva obra del celebrado autor de *El árbol genealógico*, es digna hermana de las anteriores.

La multiforme producción de Cristó- bal de Castro—poesía, novela, feminis- mo, política, teatro—se nos muestra hoy de nuevo en uno de sus aspectos más va- liosos y más interesantes con la publica- ción de *Un bolchevique*, bellísima crea- ción novelesca, en que la amenidad, el sabor de verdad, la emoción y las galas del estilo van de la mano con la hondura del tema que ha inspirado al ilustre escritor.

Pocos días hace que el volumen salió de las prensas; pero sin duda faltan me- nos para que los lectores de Cristóbal de Castro agoten la edición.

La «Editorial Mundo Latino» ha publi- cado, presentada de un modo moderno y elegante, la segunda edición de la bellí- sima novela de José Francés *La estatua de carne*.

La Editorial Cervantes, de Barcelona, ha puesto a la venta una obra de carác- ter excepcional, titulada *La nueva Rusia*, de que son autores Raine y Luboff.

Recientemente, al publicarse este libro en Londres, causó tal sensación, que en un mes se vendieron 50.000 ejemplares. Este interés por parte de la opinión in- glesa queda explicado sólo con decir que los capítulos más interesantes del libro están dedicados a cuestiones eco- nómicas, financieras, industriales, etcé- tera, cuyos aspectos gran totalmente des-

## NOCHE DE ÁNIMAS

Lúgubre son de campanas turba la ciudad dormida donde rondan esta noche el misterio y la leyenda; llora una música errante como un adiós a la vida; arde en todos los hogares la lámpara de la ofrenda.

Negra noche de aquelarre, señora de la emoción, fiesta de los que no saben ya del dolor de la vida: por vosotros decir quiero esta noche mi oración; por vosotros esta noche sueña mi voz dolorida.

Por vosotros, los que fuisteis de un ideal peregrinos y nunca llegar pudisteis al final de la jornada; por aquellos que cayeron de cansancio en el camino, por las ilusiones rotas y por las vidas truncadas.

Por los que su alma abrisaron en una llama de amor; por los que el beso sintieron de la locura en la frente; por los que no conocieron más amigo que el dolor; por los fracasos que arrastra de la vida la corriente.

Lúgubre son de campanas turba la ciudad dormida; el viento en el cipresal forma una macabra orquesta; por vosotros, mis hermanos, sueña mi voz dolorida en la fantasmal orgía de vuestra noche de fiesta.

Fernando IGLESIAS FIGUEROA



conocidos para todos hasta la publicación de esta obra.

x

Hemos recibido la comedia *Los nidos de antaño*, original del malogrado literato D. Javier Valcarlos.

x

Con el título de *La desterrada de la tierra* acaba de publicar la Editorial Rivadeneyra una interesantísima novela de aventuras extraterrestres.

El autor de esta obra novelesca-científica es un brillante escritor que oculta su nombre con el pseudónimo de «El coronel Sprotus».

x

El ya extenso catálogo de la Editorial Cervantes, de Barcelona, se aumenta y enriquece hoy con la admirable novela *Ingrid Bery*, de Selma Lagerlof (de la Academia de Suecia), escritora cuyas relevantes dotes literarias merecieron el premio Nobel.

Con esta ejecutoria quedan garantizados cuantos elogios se le tributen. Pero la ilustre dama descuella especialmente por la delicadeza con que elige los asuntos

y la inmensa dulzura que pone en su lenguaje, cualidades que arrebatan el corazón y el interés de los lectores, despertando verdadera pasión por su obra artística, apenas se empieza a conocer.

## EDITORIAL MUNDO LATINO

Pesetas.

GJELLERUP: (Premio Nobel.) <i>El peregrino Camanita</i> (novela legendaria) ... ..	4,50
JOSE FRANCES: <i>Sortilegio</i> (no vela) ... ..	4,50
"EL CABALLERO AUDAZ": <i>Lo que sé por mí</i> (Confesiones del siglo) ... ..	5,00
ARMEN OHANIAN: <i>La danzari- na de Samaká</i> (Visiones de Oriente) ... ..	4,50
LOPEZ DE SAA: <i>Carne de relieve</i> (novela, 2.ª edición) ... ..	4,50
La Biblioteca Universal para todos, a una peseta el volumen, se ha enriquecido con las <i>Aventuras de un viajero</i> , del gran escritor "Washington Yrving", sólo conocido en España por sus famosos <i>Cuentos de la Alhambra</i> .	
Pedidos: Sociedad General de Librería, y Yagües, Caballero de Gracia, 28. Envíos contra mandato.	

## LAMPARA

# EGMAR



LA MAS RESISTENTE Y DE MENOR CONSUMO

Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.

MADRID } Nicolás María Rivero, 8 y 10.  
Plaza de las Cortes, 2.

## OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y **MAN-TONES DE MANILA**.  
SAN BERNARDO, 1.



## LA HIGIENE DEL FUMADOR

LOS MEJORES TUBOS EMBOQUILLADOS PARA CUARRILLOS. POR SU EXCELENTE FABRICACIÓN MECÁNICA Y SUPERIOR CALIDAD EN LOS PAPELES EMPLEADOS

DE VENTA EN TODOS LOS  
ESTANCOS Y AL POR MAYOR  
EN LA CALLE DEL PRADO 9

## Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 269

Bachillerato, Derecho, Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Gobernación, Tribunal de Cuentas

Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.-Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: MANUEL MOIX GOMBAU  
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid

Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU  
Presbítero

## LADRILLOS REFRACTARIOS

# TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12

TELEFONO M 17-65

## TURBINAS

para cualquier salto y caudal.-Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20. - MADRID



## GRAN SALDO DE PIELES

confeccionadas y para confeccionar. Liquidación de medias y calcetines de todas clases.

HORTALEZA, 82  
**LA ESTRELLA**

## ESMALTE ORO "EL SOL"

para dorar cuadros, espejos y retablos.

La Casa más surtida en colores

**FLORENTINO PEREZ (S. en C.)**

Sucesores de Díaz Herrera

HORTALEZA, 17

## AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

: BOVEDA (LUGO) :

Nerviosina de T. González De venta en farmacias

# Pedid Coñac Lion d'or

## NUEVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 Y 39. - TELÉFONO M 3.714

PRECIOS ECONOMICOS VERDAD  
GRANDES EXISTENCIAS

## ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie

Les Petits Suisse  
Fernando VI, 17



## PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)

CONSTANTINO S. VILLALBA  
VINOS Y CEREALES

## MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS - ALQUILER Y REPARACIONES

**ALVAREZ HERMANOS**

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

# "Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

## EL MEJOR ALIMENTO

esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA.

Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos.

De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

ALBERTO AGUILERA, 50. - MADRID



# CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 pts.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



## PERFUMES MARYA

Compañía Americana de Perfumería Higiénica.

**CUTISÁN.**—Crema sin grasas. Indispensable para masaje facial. Evita granos, puntos, arrugas.

**POLVOS CUTISÁN.**—Adherentes, hermoseadores, higiénicos.

**CRÈME ROYALINE.**—Embellecedor instantáneo. El mejor fijador de polvos.

**OXILON.**—Agua oxigenada en polvo.

Perfumes modernos: SALOME.—REBECA.—DALILA.—OFELIA.—WALKIRIA.  
Colonias Florida y Ambarina, Elixir, etc.

Dirección general: Muntaner, 10, bajos y entresuelo.-Barcelona



## Manuel López FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 :-: Ayala, 60

# CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

-:- De venta en todas las farmacias y droguerías. -- Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos -:-

Ayuntamiento de Madrid

## LA MÁQUINA PARA ESCRIBIR

# ROYAL

Es la preferida en todos los Centros oficiales y grandes Casas de comercio y banca, Empresas periodísticas y Compañías : : de ferrocarriles : :

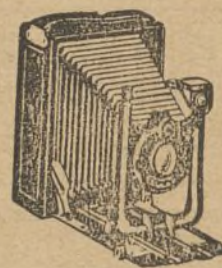
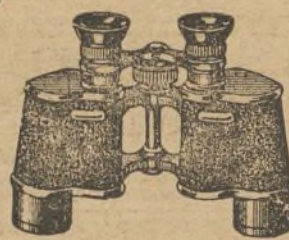
60.000 máquinas en uso en toda España

Concesionarios exclusivos para España y Colonias:

## TRUST MECANOGRÁFICO

MADRID: Montera, 29. \* BARCELONA: Pelayo, 62.  
VALENCIA: Paz, 17. \* SEVILLA: Rioja, 14.  
BILBAO: Escruza, 6.

## A PLAZOS Y CONTADO



Relojes de todas clases.—Gemelos prismáticos.—Cámaras fotográficas.  
Aparatos parlantes.—Pedid catálogos a BERGARA y COMPAÑÍA.—Idia-  
que, 6.—San Sebastián.

**ALFONSO** **FOTÓGRAFO**  
FUENCARRAL 6 MADRID.  
TOLEDO 63 MADRID.

## QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo.  
Se admiten suscripciones y anuncios.